

ESTUDIOS y NOTAS

« NO IMPORTA »

(APUNTES DEL DUQUE DE MADRID SOBRE LA ULTIMA
GUERRA CARLISTA)

A Rafael Guardans Cambó, mi ahijado, en su cuna.

*(Ai, dolços amors,
ai, flor sense espina...!
Ai, dolços amors,
ai, flor de la vida!*

J. VERDAGUER.)

PREGUNTA OBLIGADA

Escribo, al margen de todo propósito ambicioso, para satisfacer una curiosidad histórica.

Pienso que los dos jefes militares más capaces de las guerras carlistas fueron, en campos y en contiendas diferentes, don Tomás de Zumalacárregui y el Marqués del Duero, muertos de modo semejante, por obra de unas balas perdidas o extraviadas.

Pienso, igualmente, que las dos figuras más simpáticas y más populares de las contiendas civiles, fueron, y son, las de los dos soberanos enfrentados en el desenlace: Don Carlos VII y Don Alfonso XII. Figura decisiva la del primero, en la iniciación y el sostenimiento de la última guerra; decisiva la del segundo, restaurado en el Trono, para la terminación de la lucha.

A la popularidad de personalidades tan distintas, concurren semejanzas indudables. La juventud, durante el tiempo en que actuaron, personal y directamente, en las tierras y en los destinos de España. Un amor a la Patria, concebida en el destierro, y, por tanto, idealmente, al margen de todo contacto con las impurezas

de la realidad. El apasionamiento, humano y romántico, común a ellos y a su época, encarnado, para Don Carlos en Doña Margarita de Parma, y, para Don Alfonso, en Doña Mercedes de Orleans.

Se explica que la Literatura haya disputado siempre, a la Historia, esas dos figuras: literatura popular de las canciones sobre Don Carlos y del viejo romance actualizado para Don Alfonso; literatura culta que les hizo personajes de la novela y del drama:

* * *

Para el estudio de la personalidad del Duque de Madrid pudo contarse, hace tiempo, con un material de insuperable valor: sus escritos.

No se trata, claro es, de los escritos públicos o políticos que, por su índole, fueron conocidos en su día y, en muy varia medida, salieron de la pluma de Don Carlos, aunque respondiesen, por entero, a su pensamiento (1).

Se trata de lo que —inédito aún— se venía llamando «Diario» o «Memorias»: es decir, de los escritos autobiográficos. Los cuales habían de proporcionar a la Historia la clave decisiva en el conocimiento y la interpretación de la figura. Sería enriquecido y matizado el Don Carlos legendario de Valle-Inclán: y se esfumaría el Pretendiente de Baroja, condenador de Don Amadeo como «extranjero», en un grotesco desconocimiento de la lengua castellana.

Conoció el «Diario», en el pasado siglo, don Antonio Piralá. Reprodujo en su *Historia contemporánea* (2) páginas del mismo referentes a cinco días de los meses de abril y mayo de 1871. Quedó sorprendido por las calidades del texto: «Hay en este *Diario* —observa— páginas admirablemente escritas... Revela tam-

(1) De la variedad y de la abundancia de los escritos de Don Carlos —que exceden la división apuntada, sin pretensiones clasificadoras— puede formarse idea mediante la lectura de los *Escritos Políticos*, ordenados por MELCHOR FERRER (Madrid, 1957) y de las *Cartas inéditas* publicadas por JAIME DE CARLOS GÓMEZ RODULFO (Madrid, 1959), con un extenso e interesante preámbulo de D. LUIS CORTÉS ECHANOVE.

(2) ANTONIO PIRALÁ: *Historia Contemporánea. Segunda Parte de la Guerra Civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de Don Alfonso XII*, tomo VI, pág. 589.

bién este *Diario* gran facilidad en su autor para escribir, pues, siendo tan extenso, no hay una línea enmendada.» Pero, aun disponiendo del original, Pirala se limitó a la brevísima reproducción registrada, en obediencia a «poderosos motivos, razones de conveniencia política, consideraciones a que no podemos faltar...».

Al publicar su *Carlos VII*, el Conde de Rodezno tenía noticia de esos escritos del Duque de Madrid. «Desgraciadamente —escribió (3)— sólo fragmentos hemos podido conocer.» Y hubo de limitarse a transcribir unas párrafos de las «Memorias».

En 1947, Jaime del Burgo, proyectando una edición de las obras completas de Don Carlos, utilizó párrafos del *Diario* que, con otros textos muy diversos, formaron una *Antología* del Duque de Madrid (4).

Después, en 1950, don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós comenzó a publicar el *Diario* en la *Revista de papeles viejos y curiosos*, bajo el título *Las mocedades de Don Carlos de Borbón a través de su Diario íntimo*. Pero la *Revista* dejó de aparecer a mediados de ese año —1950— y el *Diario* publicado quedó en el 25 de noviembre de 1870.

En 1956, un joven maestro de la Universidad española, el profesor Carlos Seco, utilizó el *Diario* de Don Carlos en la excelente *Semblanza de un Rey carlista* (5). El Duque de Madrid quedaba perfilado, aguda y seguramente, como hombre y como político, merced al manejo del original inédito, donde había un «insuperable autorretrato de Don Carlos», gracias a la «sincera espontaneidad que lo informa» y a «las auténticas dotes literarias de su autor».

El profesor Carlos Seco daba noticia puntual del manuscrito —*Memorias y Diario*— depositado en la sección correspondiente de la Biblioteca Nacional de Madrid, registraba las etapas de su redacción y acariciaba la idea de su publicación completa, que, desgraciadamente, no llegó a realizar.

(3) CONDE DE RODEZNO: *Carlos VII, Duque de Madrid*. Madrid, 1932: 21-24.

(4) JAIME DEL BURGO: *Carlos VII. Antología. Selección y estudio preliminar*. Pamplona, 1947.

(5) CARLOS SECO: «Semblanza de un Rey Carlista en las páginas de su *Diario íntimo*», *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. V, número 19, Madrid, 1956.

En 1957 se dieron, por fin, a la imprenta, en Madrid, las *Memorias y Diario de Carlos VII*, con prólogo, notas, biografías y apéndice de Bruno Ramos Martínez.

La publicación, y el señor Ramos en el prólogo, confirman lo ya dicho por el profesor Seco sobre el importante manuscrito de la Biblioteca Nacional. Siete cuadernos: cuatro de ellos autógrafos, y los restantes copias de originales. Contienen esos cuadernos dos trabajos del Duque de Madrid: *Memorias*, el uno; *Diario*, el otro. *Diario* doble en los días que transcurren del 30 de diciembre de 1870 al 15 de febrero de 1871, en los cuales, separados los esposos, Don Carlos y Doña Margarita, continúa ella la tarea por encargo de él, y, contra lo que temió en el momento de la separación, la prosigue también el Duque de Madrid.

Las *Memorias* o Autobiografía (págs. 19 a 64 de la edición Ramos) se inician con la noticia del nacimiento del autor, el 30 de marzo de 1848.

El *Diario*, en el primer cuaderno del manuscrito de la Biblioteca Nacional, comienza el 21 de octubre de 1870. Y termina, en el cuaderno séptimo, el 8 de abril de 1871.

Pero como Pirala publicó lo referente a los días 9, 16 y 18 de abril, y a los días 1 al 6 de mayo de 1871, «es de suponer —escribe Ramos— que existió un cuaderno VIII, utilizado en parte por el historiador citado, y cuyo paradero se ignora». Cree también Ramos Martínez que «no sería aventurado afirmar que el *Diario* quedó suspendido» en este cuaderno VIII que, como queda dicho, termina, en lo reproducido, por Pirala, de lo relativo al día 6 de mayo de 1871.

En ese día don Carlos hace tres importantes nombramientos militares en las personas de los generales Elio, Martínez Tenreiro y Díaz de Rada; no admite las renunciaciones de don Cándido Nocedal y del Conde de Canga-Argüelles a sus cargos de Consiliarios de la Junta Directiva de las Cortes; se extiende, luego, en consideraciones sobre la situación de la Causa y la de España.

«Probablemente —escribe—, de España, que no de Francia, vendrá la luz que Europa necesita y América también, y a su resplandor podrá empezarse la gran obra que reclama, más que nadie, esta vieja, abatida y degenerada raza latina, para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar.» Y concluye: «Dicho al *resplandor del incendio*.»

¿Quedó, ahí, el *Diario*? ¿Escribió Don Carlos algo más?

Ramos Martínez tiene por casi seguro que el Duque de Madrid no continuó escribiendo. La dirección política y la conspiración del carlismo fueron asumidas por él. Después, hubo de absorberle la guerra. Y acabada ésta. «es muy difícil que su estado de ánimo fuese el más a propósito para seguir transmitiéndonos, diariamente, sus pensamientos y sus impresiones» (6).

* * *

Cuantas veces, en el curso de los años, hubo noticia del *Diario*, surgió la pregunta.

Los escritos de Don Carlos son un verdadero tesoro documental en relación con su vida y la vida del carlismo en la época anterior a la última guerra carlista. ¿Escribió algo sobre esa guerra en que fué protagonista o antagonista del drama?

Se supuso siempre, y razonablemente, que en el curso de la contienda poco o nada le fué posible hacer en semejante labor, pues los quehaceres bélicos y políticos le absorbieron por entero.

Pero después, en el nuevo y largo exilio, desde 1876 a 1909, este escritor nato, fácil y brillante que fué el Duque de Madrid, ¿no reanudó la tarea, interrumpida por la guerra, y tan concienzudamente desarrollada con anterioridad?

Mi respuesta —provisional y relativa, sometida a las investigaciones históricas futuras— se basa en unas cuartillas autógrafas de Don Carlos VII.

Porque el caso corresponde a la historia del carlismo, y porque la explicación responde a la curiosidad que dicta estas líneas, he de recordar la figura por cuyas manos pasaron las cuartillas desde las del Duque de Madrid a las mías.

CRONISTA DE CAMPAÑA

Padre e hijo, don Manuel y don José Suárez de Urbina, fueron militares de profesión, del Arma de Caballería.

Perteneían a una vieja familia de origen vasco, cuyos antepasados tomaron parte en la Reconquista, y cuyo lema heráldico

(6) *Memorias y Diario de Carlos VII*. Madrid, 1957. Prólogo de BRUNO RAMOS MARTÍNEZ, pág. 12.

—«*Propria parva magna, Magna aliena parva*»— luce aún en las casas andaluzas que construyeron o habitaron. Doblaron las campanas a lo largo de todo un día por la muerte del padre, en la Catedral de Sevilla, y a la muerte del hijo, en la Catedral de Córdoba. En ambos casos, y según el recuerdo curioso y familiar, con explicable enojo de sevillanos y cordobeses, que percibían como muy lejana la conquista y como muy cercano el campaneó.

La hora militar del padre había sonado en la guerra de Africa. La primera noticia que Pedro Antonio de Alarcón tuvo de la batalla de los Castillejos se la dió su criado en los comienzos de la acción: «Los *Húsares* han hecho el gasto... Los dos escuadrones están reducidos a la mitad...» Alarcón no apartó su atención de esos dos escuadrones, que pelearon hasta el fin de la jornada, gravemente heridos los dos comandantes, heridos o muertos la casi totalidad de los oficiales, crecientemente reducido el número de los soldados (7).

Al frente de éstos, en las últimas cargas, el capitán don Manuel Suárez de Urbina dió cara al enemigo con las manos heridas, vendadas e inútiles, llevando las bridas del caballo entre los dientes. Ganó la Cruz de San Fernando. Y, desde el día siguiente, primero el general Prim y después otros jefes y oficiales, le concedieron el honor de auparle a su caballo, ante la tropa formada, haciendo estribo de las propias manos y compensando la fuerza de las inutilizadas de don Manuel.

Padre e hijo, don Manuel y don José Suárez de Urbina, pasados los años, se encontraron, encuadrados en fuerzas enemigas, en la batalla de Alcolea. El padre, don Manuel, bajaba entre las defensoras de Isabel II a las órdenes del Marqués de Novaliches. El hijo, don José, subía desde Sevilla, a las órdenes de Izquierdo, entre las fuerzas sublevadas que mandaba el general Serrano.

La batalla de Alcolea fué siempre, en los recuerdos familiares, una efemérides dolorosa y absurda. Porque ni el padre era, en realidad, partidario de Isabel II, ni el hijo pertenecía, en sus ideas o en sus sentimientos, a la Revolución. Al famoso encuentro les empujaron circunstancias geográficas y profesionales. Ambos eran, por convicción, carlistas.

Al iniciarse después la nueva guerra en el Norte, don Ma-

(7) PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: *Diario de un testigo de la Guerra de Africa*. 11.^a edición. Madrid, 1942. Tomo 1, págs. 135-144.

nuel, el padre, quedó al margen de la contienda. Su edad, en parte, y en parte los abrumadores problemas familiares —diecinueve llegó a ser el número de sus hijos— le aconsejaron o impusieron el apartamiento; la hora había pasado para él.

El hijo, don José, oficial de veintiséis años, se incorporó al ejército carlista.

El padre, don Manuel, era un hombre de varonil y arrogante figura. Los retratos que de él se conservan —vestido el uniforme de coronel de Húsares de la Princesa o el de Maestrante de Sevilla— confirman la fama que en vida gozó.

El hijo, don José, no era así. Don José era feo, católico y sentimental.

Eso dijeron, de don José, sus familiares, desde que conocieron la *Sonata de Invierno* de Valle-Inclán.

«Ecos de la Cruzada tradicionalista —escribe Fernández Almagro (8)— habían llegado hasta Valle-Inclán, niño, mientras se sustanciaba la última campaña. Y estos relatos cobran mayor relieve y autenticidad al cabo de los años por gozarse él en recogerlos de quienes los vivieran en las trincheras y campos de batalla.»

Valle-Inclán trata a los jefes veteranos de la guerra carlista, como don Amador del Villar, don Fernando Adelantado de Aragón y el Conde de Ribagorza; es huésped del Marqués de Santa Cara, en Aoiz, y del Conde de Rodezno, en Villafranca. En los medios tradicionalistas y en los cafés de Madrid había encontrado frecuentemente, desde su llegada a la Corte, a don José Suárez de Urbina, actor y testigo de la guerra, cuya figura y cuyas narraciones pertenecían a un mundo, próximo y pasado, en que Valle-Inclán basaría una parte de sus creaciones literarias.

* * *

Era así, desde luego, como el Bradomín de la definición: feo, católico y sentimental.

Pero lo que imponía no era su fealdad, sino su carácter, o mejor dicho, su genio, vivo y arrojado, ignorante de la prudencia y de la templanza.

(8) MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Vida y literatura de Valle-Inclán*. Madrid, 1943; pág. 145.

Su fe hacía pensar en aquella penetración calvinista, que sin duda, alcanzó lo español, pese a la defensa secular de la ortodoxia. El libro más extenso de Urbina se tituló *Lucha entre el Bien y el Mal*; bien y mal que veía encarnados en el tradicionalismo y el liberalismo de su tiempo. Había en él ese maniqueísmo que hace del español un pueblo tan inclinado a las luchas civiles y a determinados deportes.

Sus sentimientos le consagraban al pasado; al propio pasado, en el orgullo por la nobleza familiar; al pasado de su país, que consideraba encarnado y mantenido en Don Carlos y en la tradición.

Seguro de estar entre los buenos y contra los malos, identificado con la grandeza pasada frente a la miseria del presente, don José Suárez de Urbina vivía a caballo, a punto siempre de picar espuelas para el galope, la empinada o el salto.

La exaltación del carácter, de las ideas y de los sentimientos, produjo en este profesional de las Armas, la afición permanente a las Letras. Concretamente, la inclinación a la Poesía, que había de ser fatal para el cometido historiográfico que le tocó cumplir.

* * *

Urbina —le llamaré así en adelante para abreviar— vivió la guerra desde primera hora como oficial de Caballería.

Y un soneto le relacionó, directa y permanentemente, con Don Carlos. Soneto motivado por una grande y conocida desgracia de la guerra en el campo carlista.

El Conde de Rodezno advierte la semejanza de ambas contiendas en el trance. «La situación de la guerra en 1874 era parecida a la de la anterior en 1835... En 1874, como en 1835, la aspiración del Carlismo fué la posesión de una gran capital... En 1835, la equivocación, funesta para las armas carlistas, fué poner los puntos sobre Bilbao contra el parecer de Zumalacárregui... En 1874 se incurrió en el mismo error, que había de producir las mismas consecuencias» (9).

En horas decisivas del último sitio de Bilbao, el 29 de marzo de 1874, resuelta la continuación del cerco tras los notables progresos de los días precedentes, una granada de la artillería libe-

(9) CONDE DE RODEZNO: *Carlos VII, Duque de Madrid. 179-180.*

ral alcanzó a un grupo de jefes carlistas y mató a Ollo, Comandante general de Navarra, a Rada —el «Radica» de los navarros—, y a Escudero, Intendente del Ejército.

Para la causa carlista el fin del general Ollo reproducía, espectralmente, el de Zumalacárregui. «Aquella granada —escribe Oyarzun (10)— salvó a Bilbao, pues la muerte de Ollo y Radica no sólo sembró la consternación y el desaliento entre sus queridos navarros, sino que privó al Ejército carlista que sitiaba Bilbao del mejor jefe.»

Se rindieron a Ollo los honores debidos a su rango y a su muerte. Don Carlos le otorgó el título de Conde de Somorrostro. Y en un acto consagrado a su memoria, y presidido por el Duque de Madrid, Urbina leyó un soneto dedicado al jefe desaparecido.

Don Carlos conocía ya sus hechos. Quedó ahora impresionado por sus dichos. El consonante, para Urbina, era fácil y rotundo. Y, sobre todo, recitaba con un garbo que arrebató a sus oyentes.

Aquel oficial venía siendo testigo y actor de la guerra. Parecía, además, hombre de letras; tal era, al menos, la fama que le había reclamado para el homenaje a Ollo. Manejaba, sin duda, con soltura bélica, la pluma. En el ánimo de Don Carlos cuajó prontamente la resolución.

Urbina quedaría agregado al Cuartel Real: le nombraría «Cronista de Campaña»; y su misión, desde aquel momento, sería la de preparar y escribir en su día una narración de la guerra en curso.

Vázquez de Mella escribió, muchos años después: «José Suárez de Urbina, poeta por cuya lira habían pasado algunas veces, hasta alcanzar grandeza épica, las hazañas de los voluntarios carlistas, pasó la vida cantando la fe, la tradición y el amor. Era el último trovador de la Edad Media que después de refugiarse en una armadura del siglo XVI y de haber peleado en América y en Flandes, concluyó por vivir emigrado entre nosotros, maldiciendo todas las bajezas y contemplando en los viejos escudos, como en libros de piedra, los heroísmos de su época que, por el contraste con la actual, le atormentaba con indecible nostalgia» (11).

(10) ROMÁN OYARZUN: *Historia del Carlismo*. Madrid, 1939; 400.

(11) *Revista Católica de Cuestiones Sociales*. Número extraordinario de sus veinticinco años. 1920; pág. 17.

Más exacto al juzgar la labor literaria de Urbina, Rodezno decía, con su bondad y su gracia habituales: «Los versos eran medianos. Pero los recitaba de tal manera, que los oyentes creían escuchar una buena música, y ni los más finos oídos percibían las notas falsas.»

Ello fué que, llegada la hora de narrar la contienda, Urbina decidió cantarla, y renunció a la prosa en favor del verso. Los acontecimientos de la guerra quedaron ahogados e identificados en las invocaciones religiosas, los elogios por las hazañas realizadas, los denuestos para los enemigos y los traidores, y las descripciones triunfales de la conquista de villas y de pueblos. El que pudo ser un formidable cronicón, quedó en una evocación monótona y rimada, esfuerzo inútil y material inservible para la Historia.

* * *

Urbina era —se ha dicho ya— un mediano versificador, cuyas posibilidades y horizontes poéticos estaban limitados por el consonante y el asonante.

Era, por otra parte, un conversador de la mejor calidad, en cuyos labios la Corte y la guerra carlista que él había conocido revivían en curioso relieve, patético a veces y a veces gracioso.

Acarreo aquí alguna de las anécdotas predilectas de Urbina, sin cuidarme de la huella literaria que dejaron, y reproduciendo, verazmente, la narración del protagonista, oída y conservada por sus familiares.

Las mejores anécdotas de la Corte carlista, en la conversación de Urbina, reflejaban vivamente las relaciones de los próximos seguidores —las propias relaciones, preferentemente— con el Duque de Madrid. Las mejores anécdotas de la guerra se referían al contacto, constante y difícil en el campo carlista, de militares con clérigos.

* * *

«No tuvo Carlos VII corte a la manera protocolar y etiquetera de Carlos V —escribe Rodezno (12)—. Su casa en Estella era una modestísima habitación de la Plaza de los Fueros. Además,

(12) RODEZNO: *Carlos VII*. 171-172.

el Cuartel real estaba en continuo movimiento, tan pronto en Estella como en Durango, Vergara o Tolosa. Don Carlos —fué más bien un general que un Monarca—.»

En ese ir y venir de la guerra se produjo la frase.

Don Carlos y su séquito pasaban la tarde en una vieja casona vasca o navarra. La lluvia persistente les recluía en el provisional alojamiento, y la forzosa inactividad entristecía al Soberano y aburría a sus acompañante soberanamente.

Don Carlos pensó en remediar el malestar ambiente promoviendo una velada literaria, y pidió llanamente a Urbina que la iniciase subido en un silla y recitando algunos de sus sonoros versos. «¡ Señor —repuso Urbina—; para bufón de Vuestra Majestad he nacido demasiado alto!»

* * *

Las páginas de las *Memorias* y del *Diario* de Don Carlos consagradas a Doña Margarita de Parma, su primera mujer, impresionaron a Pirala, llamaron la atención de cuantos conocieron el original inédito, y hoy para el lector del texto publicado constituyen un testimonio insuperable de aquel insuperable enamoramiento del joven Duque de Madrid. Con razón escribe Don Carlos: «Otros habrán amado tanto; más, no» (13).

Carlos Seco volvió sobre el contraste de las figuras ya apuntado por el Conde de Melgar, contemplando la borrosa fotografía de la boda: «Doña Margarita, pese a la riqueza de su vestido de Corte, aparece mínima y frágil entre las joyas y los encajes como una niña prematuramente vestida de mujer, junto a la arrogante y elevada figura de Don Carlos en gran uniforme» (14).

Más allá de lo físico, Doña Margarita era una extraordinaria mujer: virtuosa y dulce, excelentemente educada, capaz de un sacrificio que no conocía el desaliento. Compañera ideal de Don Carlos, voluntariamente apartada de los pleitos políticos del campo carlista, se consagró a la organización y el cuidado de la asistencia a los heridos, y procuró incansablemente la humanización

(13) *Memorias y Diario de Don Carlos VII*. 61.

(14) CARLOS SECO: *Semblanza de un Rey carlista*. 327.

de la guerra. Su conducta, y la institución por ella creada, hicieron que se la llamase «el Angel de la Caridad».

Los versolaris de *La Guerra Carlista* (15) cantaban a Doña Margarita:

Señora Reina, rosa blanca,
de la clara sangre teal:
Señora Reina que hace hilas
su pañolico de cendal:
cuando del pecho me sacaban
una bala en el hospital,
eran sus manos con anillos
a sostener mi cabezal.

Rápida y definitivamente se extendió en las fuerzas carlistas la adhesión a aquella admirable mujer. El testimonio de los excombatientes hizo escribir a Valle-Inclán: «Era una lealtad de otros siglos la que inspiraba Doña Margarita» (16).

Pero una pasión, juvenil y torrencial, como la de Don Carlos, si no desemboca, a la manera romántica, en la desilusión o en la muerte, se extravía o se distrae por cauces breves y numerosos. Ya en 1870, antes de la guerra, como advirtió Seco, Don Carlos estuvo, según escribe, «a punto de abandonar... el camino recto»; pero *ella* tenía «un alma grande», y —sigue escribiendo Don Carlos— «me señaló mis deberes: me señaló España..., me venció».

Ahora, en la contienda, la exaltación de los ánimos, la anormalidad de la vida combatiente y la proximidad frecuente de la muerte, agudizaban las pasiones y rompían las barreras de la fidelidad conyugal. Las aventuras amorosas de Don Carlos hirieron a sus seguidores, admiradores de la Princesa parmesana, leales de Doña Margarita. Buscaron éstos, sin duda, la persona capaz de decir las verdades a Don Carlos, y la encontraron en Urbina.

Urbina aprovechó la primera oportunidad: una alocución que había de pronunciar ante Don Carlos y la Corte. Con osadía y claridad parejas, se hizo eco, entre los cortesanos, de los sentimientos de los militares, solidarios con la Reina en su desventura por las aventuras del Rey. Don Carlos —recordaba Urbina— fre-

(15) VALLE-INCLÁN: *El resplandor de la hoguera*. Ed. de 1941: página 117.

(16) VALLE-INCLÁN: *Sonata de Invierno*. Ed. de 1942: pág. 64.

naba, visiblemente, su ira mordiéndose los labios. Al silencio sobrecogido de los asistentes, cuando terminaron las palabras de Urbina, acudió Don Carlos diciendo: «Podéis aplaudir».

El desenlace constituyó una admirable muestra del carácter de Don Carlos. Pasaron los días; operaron en su ánimo, rectamente, las palabras oídas; recuperó la paz de la conciencia en la regularidad de la vida conyugal. Y al cabo, dijo, confidencialmente, a Urbina: «Mientras hablabas, sentí la tentación de mandarte fusilar. Pero, luego, pensándolo bien, no he hallado nada con qué pagarte el servicio que me prestastes.»

* * *

La relación de militares y clérigos en el Ejército carlista es un tema al que serviría, insuperablemente, el estudio de la dramática pugna entre la guerra y la guerrilla, encarnada en el duelo del piadoso general Lizárraga y el belicoso cura Santa Cruz.

En un plano más modesto, la fricción era frecuente, y a ella se referían las anécdotas que Urbina gustaba de narrar, no dramáticas, sino cómicas.

El caso en una guerra civil —en toda guerra— se da frecuentemente. En un rápido anochecer de invierno, un destacamento de la Caballería carlista quedó perdido y aislado del grueso de las fuerzas. Urbina era el más antiguo de los dos capitanes de la tropa extraviada, y a él le correspondía, en principio, resolver la muy difícil situación.

Pero resultó que entre los aislados se hallaba un capellán castrense con grado de comandante, el cual, haciendo valer su condición de jefe, pretendió tomar el mando en tan crítico momento. El capitán Urbina le cerró el paso decididamente. «Usted —le dijo— sabrá mucho de cánones, pero, de esto, no entiende usted palabra.»

Urbina ordenó la tropa para la silenciosa marcha nocturna que debía reincorporarla a la formación regular y lejana. El ruido constituía, para el intento, un peligro a prevenir. Y Urbina agrupó y separó a los caballos que solían relinchar, para que a una cierta distancia y zigzagueando, siguiesen los pasos del destacamento. Entonces se encará de nuevo con el capellán castrense y le dijo una frase que alcanzó fama en el campo carlista: «¡Los curas, atrás, con los caballos que relinchan!»

Al amanecer el destacamento alcanzó el grueso de las fuerzas. Y el capitán Urbina recibió las felicitaciones de sus jefes por su habilidad y su decisión.

* * *

El clérigo predilecto en las narraciones de Urbina era un canónigo legitimista italiano, voluntario del carlismo, exaltado participante en la contienda. Pietrancolini de nombre en los labios del narrador.

Pietrancolini, alzando una gran cruz, animaba a los soldados en marcha, diciendo en alta voz y en su lengua nativa: «Avanti, defensori della fede! Per Dio e per la Patria, avanti!»

«¡Cura de los demonios —solía decir Dorregaray—; me lo estropea todo!»

«Lo estropeaba todo —comentaba Urbina— porque a los soldados que oían sus voces aquello les sonaba a latín, adoptaban un paso de procesión y estorbaban la marcha.»

* * *

Llegaron, para el Ejército carlista, los trágicos días del invierno de 1876. La ofensiva de las fuerzas liberales reducía, implacablemente, el terreno fronterizo que ocupaba. La derrota desmoralizaba a los combatientes que, en la desesperación, se creían traicionados. Cundían la insubordinación y la desertión. Y los cantares, antes de triunfo, reducían ahora la guerra, heroicamente sostenida, a la traición de los jefes:

Elío vendió Bilbao
y Mendiri el Carrascal:
Calderón el Montejurra
y Pérula lo demás.

Fué entonces, en la última hora, cuando dieron ejemplo inolvidable los batallones castellanos, «los abnegados, sufridos y heroicos batallones castellanos», en la noble estimación de Oyarzun (17).

(17) OYARZUN: *Historia del Carlismo*. 529.

«La deserción de los navarros —escribe Rodezno (18)— era, no ya individual, sino por batallones. Aquellos hombres, bravos como leones en el primer ímpetu, no resistían al pánico ni la desesperación al creerse vendidos. Más serenos y fríos de espíritu, los castellanos acompañaron a Don Carlos desde Leiza a Burguete.»

Se entiende el caso fácilmente. En la inmensa desventura, vascos y navarros, pisando tierra propia, se disolvían por los caminos recorridos desde la niñez, escuchando la voz de la sangre, buscando, para la desesperación, el refugio de los hogares abandonados años atrás al tomar las armas.

El personaje de Valle-Inclán, dice: «De Alava para allá, todo el que viene ya forma en las partidas castellanas» (19).

Los castellanos —de la vieja Castilla y de la Mancha, de Extremadura y de Andalucía— alejados por la contienda de la tierra y la casa, apretaban sus filas y encontraban en el espacio ocupado por la formación disciplinada, la patria y el hogar.

Formaron, ante Don Carlos, cerca de Valcarlos, junto al puente internacional de Arnegui. Escucharon la última arenga del soberano y su promesa esperanzada: «¡Volveré!» Le aclamaron mientras sonaba la marcha real. Luego, rompieron o arrojaron las armas. Y penetraron en tierra francesa.

El capitán Urbina estaba entre los castellanos. Con la rodilla partió en dos su espada. Y se internó en Francia, desarmado y pobre, por los caminos de la emigración.

Meses después coincidió, en París, con el Duque de Madrid, que el 22 de septiembre de 1876 le dedicaba y entregaba su retrato: «A mi fiel "Cronista de Campaña", José Suárez de Urbina».

Don Carlos, entonces, tenía «el alma como Don Rodrigo en Guadalete», según la expresión de sus Apuntes, respecto a una hora bélica desventurada. En la desgracia del exilio sentíase incapaz de emprender la narración de la contienda reciente.

Urbina, cronista de Campaña, realizaría la tarea. Don Carlos le entregó las cuartillas en que había anotado, con el desorden y la precipitación inherentes a la guerra, hechos e ideas dignos de recordación. Urbina podría aprovecharlas. En todo caso, al ponerlas en sus manos le daba una prueba más de estimación.

(18) RODEZNO: *Carlos VII*. 213.

(19) VALLE-INCLÁN: *Gerifaltes de antaño*. Ed. de 1942: pág. 187.

He aquí porqué dispongo yo, hoy, de esas cuartillas. José Suárez de Urbina era el mayor en la larga serie de los hermanos; mi madre, en esa serie, ocupó el número diecinueve.

LOS APUNTES DE DON CARLOS

Son, por la extensión, muy poca cosa. Seis carillas —o tres cuartillas, escritas por ambas caras— sin numerar. Se reconoce, sin la menor duda, la letra de Don Carlos, alterada, claro es, por la agitación y la irregularidad que condicionaron, ahora, el manejo de la pluma.

Lo escrito —lo apuntado— se refiere a la última guerra carlista, y empieza, con ella, en la entrada de Don Carlos en España el 2 de mayo de 1872. Las cuatro primeras páginas, o carillas, tratan de un período relativamente corto —del 2 de mayo al 16 de junio de 1872— y son, en consecuencia, bastante expresivas. Después, unas palabras o unas frases sueltas se refieren a acontecimientos producidos en el campo de la contienda o en el área mayor de la vida internacional, o reflejan ideas y sentimientos despertados por esos acontecimientos. Un último párrafo acumula, en precipitación, palabras —lugares, en su mayor parte— evocadoras de hechos de la guerra. Dos cifras terminan el manuscrito, que acotan, probablemente, un período de tiempo en cuya narración se piensa.

Pero, aun en los primeros y más largos párrafos, se trata, sin duda, de anotaciones provisionales, destinadas a un posterior desarrollo. Las frases, entrecortadas por signos muy diversos a manera de puntos suspensivos o de plecas separadoras, y la abreviatura en los nombres propios, confirman el carácter y el propósito del escrito.

Todo lo dicho —borrador personalísimo para un trabajo futuro, escritura de un pulso agitado, abreviaturas y signos— produce más de una dificultad en la inteligencia y la transcripción del breve manuscrito.

Transcribo y comento sus párrafos a continuación. Tanto en lo que tengo por seguro, como en lo que aventuro como hipotético o dudoso, escribo con la advertencia y el deseo de que este primer intento sea ampliado y enmendado por quienes conocen mucho mejor que yo la geografía y la historia de la última guerra carlista.

A) PRIMERA INCURSIÓN DE DON CARLOS
EN ESPAÑA (págs. 1 a 3)

Escribe Don Carlos:

Entrada del 2 de mayo a pie con 18 hombres con bastones; vamos al depósito... no hay un fusil... sólo se encuentra una bayoneta a la cual se abalanza un voluntario.

"Atrás, Señor, dicen todos. Yo contesto: adelante. Sin guía, sin nadie, proseguimos..."

Llegada a Vera... Primo de Rivera oyendo las campanas casi perplejo.

Encuentro la primera fuerza carlista que manda Aguirre... Una lágrima de ternura, iban desnudos, sin armas.

* * *

Vera.—Flores... una rosa que mandé a Margarita.—no era sin espinas.—seguimos la marcha, por poco nos copan.—duermo en los bosques, oyendo hablar a las avanzadas enemigas, iluminadas por sus hogueras.

Cerca de La Vayen encontramos a Carasa, fugitivo y... nos incorporamos en Urroz... a pesar...

* * *

Llegamos a Oroquieta... sorpresa... sin armas, sin nada, nos destrozan como era natural, en vano busco reanimar a la gente... sólo, con 3 hombres rompo tres líneas enemigas... con el alma como Don Rodrigo en Guadalete, pero había una cosa que él no tenía, el aliento, la fe, el gran general no importa.

* * *

Los párrafos transcritos corresponden, como queda dicho, a un acontecimiento histórico definido: la primera incursión de Don Carlos por tierra de España, a comienzos de mayo de 1872.

Dentro del carlismo, y entre los partidarios de la lucha legal y los que sólo creían en el recurso a las armas, la pugna fué

larga y enconada. Bastaría a explicar las vacilaciones del joven Duque de Madrid el que, en tal cuestión se opusiesen los pareceres de hombres de tanta experiencia, de procedencia común y hasta unidos por lazos de familia, como Nocedal y González Bravo.

Pero las vacilaciones habían de tener fin. De un lado por la creciente tensión, dentro de España en las zonas de la conspiración carlista. De otra, por la conducta de Madrid, que cerraba el camino de la lucha legal. En este orden de cosas, las elecciones del 2 de abril de 1872 fueron decisivas. El Gobierno de Don Amadeo procedió de tal manera en el período preelectoral y en el día de la elección, que los setenta y nueve diputados carlistas de las Cortes anteriores se vieron reducidos a la docena de elegidos para las nuevas. Desde ese momento se impuso, en el carlismo, la decisión de echarse al campo. Decisión reflejada en los inmediatos escritos de Don Carlos.

El general don Eustaquio Díaz de Rada, nombrado jefe de las fronteras de Navarra, Vascongadas y Cataluña, venía preparando el levantamiento. A él se dirigió Don Carlos, desde Ginebra, el 8 de abril de 1872, dándole instrucciones reservadas para el movimiento de las ocho provincias —las cuatro vasconavarra y las cuatro catalanas— en las que Díaz de Rada tomaría el mando, hasta el momento en que lo asumiera, personalmente, el Duque de Madrid.

El 14 de abril, también desde Ginebra, Don Carlos se dirigía a Díaz de Rada señalando el día 21 del mismo mes como fecha del levantamiento. Veinticuatro horas después, el 15 de abril, el Duque de Madrid ordenaba a la minoría carlista que se abstuviese de comparecer en el Congreso. La dilatada disputa quedaba fallada.

Don Carlos partió de Ginebra el 20 de abril. El 30, por la noche, llegó al pueblo vasco-francés de Ascain, cercano a la frontera. Le acompañaban el Marqués de Vallecerrato, don Carlos Calderón, y su secretario, don Emilio Arjona.

Los catalanes se habían anticipado a la fecha del alzamiento, que iniciaron el 8 de abril. Desde el 21, siguiendo las órdenes de Don Carlos, Díaz de Rada se movía en Navarra, Dorronsoro en Guipúzcoa, Ulibarri en Vizcaya, Marco de Bello en Aragón y Cúcala en el Maestrazgo.

En la orden para el levantamiento, Don Carlos había escrito a Díaz de Rada: «Yo estaré el primero en el punto del peligro».

Díaz de Rada sabía que el Duque de Madrid cumpliría su palabra. De aquí que al apreciar la realidad de la sublevación, muy inferior a la esperada, decidiese impedir la entrada de Don Carlos. Cruzó la frontera y marchó a Cambó, donde pensaba encontrarle. Pero Don Carlos, en ese día, pisaba ya tierra navarra.

En la noche del 1 al 2 de mayo durmió en un caserío del Monte La Rhune, y el 2 pasó, a pie, la línea fronteriza. Le esperaban en ella los hermanos Villar con algunos leales más, preparados los caballos para la marcha. En total —compañeros del destierro y voluntarios que le aguardaban— dieciocho hombres, cuyas armas eran unos bastones, acompañaron a Don Carlos por el barrio de Alzate, a Vera del Bidasoa.

El pequeño grupo compartía, sin duda, el pesimismo de Díaz de Rada, frente a la decisión inicial de Don Carlos, conforme éste escribe: «¡Atrás, Señor!, dicen todos. Yo contesto: ¡Adelante!»

Entraron en Vera del Bidasoa; las campanas se adelantaron al entusiasmo de los habitantes y mezclaron luego su repique con el clamoreo de las voces. Gratísima impresión la del recibimiento que neutralizó o atenuó, el que llamó Don Carlos «encuentro con la primera fuerza carlista que manda Aguirre».

El brigadier don Juan Bautista Aguirre era uno de los lugartenientes de Díaz de Rada, en quienes éste había confiado el mando al iniciar el inútil desplazamiento a Cambó. (Sobre ambos —Díaz de Rada y Aguirre— pesaría, de por vida, el resultado de esta primera incursión y la desgracia determinaría en buena parte su conducta de 1875, en que aceptaron la Restauración.)

Aguirre, ahora, conducía un tropa mal vestida y desarmada, merecedora de las lágrimas de Don Carlos y de las espinas que punzaron su ánimo al destinar la flor de Vera a Doña Margarita.

Avanzó Don Carlos hacia el Valle de Ulzama, entre el entusiasmo invariable de los pueblos y ante el espectáculo, invariable también, de los mozos voluntarios que llenaban los caminos para sumarse al levantamiento, pero que carecían de armas.

«Cerca de Labayen —escribe Don Carlos— encontramos a Carasa fugitivo...» Don Fulgencio Carasa había iniciado la sublevación en las tierras de Estella, y tras librar la primera acción de la guerra en Arizala, se retiraba, ahora para ponerse a las órdenes de Don Carlos.

«Nos incorporamos en Urroz», escribe el Duque de Madrid.

Efectivamente, allí se le unieron las fuerzas de Carasa e Iturmen-
di; las de Aguirre y Ollo se situaron en Elzaburu; y tras una re-
unión de varios jefes en torno a Don Carlos, se dispuso la marcha
sobre Oroquieta, del núcleo de Urroz, con el Duque de Madrid
y su Estado Mayor —Calderón, Villadarias y Arjona— en el
mando.

Cualquiera fuese el número de los combatientes que for-
maban la columna en marcha, no pasaban de cuatrocientos los
que iban armados y disponían de algunas municiones.

Las fuerzas liberales, al mando de Moriones, sumaban tres mil
quinientos hombres. Desplegadas en cinco columnas avanzaron en
un rápido movimiento envolvente, a las tres de la tarde del
día 4 de mayo, sobre las tropas de Don Carlos que habían al-
canzado Oroquieta.

Hora y media duró la resistencia carlista; el tiempo que du-
raron las municiones. Ninguna descripción superará a la impresión
recogida en los Apuntes de Don Carlos: «Sorpresa... sin armas.
sin nada, nos destrozan, como era natural. En vano busco reani-
mar a la gente... Sólo, con tres hombres, rompo tres líneas ene-
migas... con el alma como Don Rodrigo en Guadalete.»

La batalla de Oroquieta puso fin a la primera incursión de
Don Carlos. «Don Carlos —escribe Oyarzun (20)— atravesó el
Ulzama al galope, y tomando un guía (al que, según me contaban
en mi niñez, tuvo que amenazar para que abriera la puerta, al
llamar a altas horas de la noche, no recuerdo si en Iraizoz o en
Lanz) se internó en Francia por la regata de Lanz, llegando a los
Alduides el 5 de aquel fatídico mayo.»

Como es sabido, la habilidad diplomática del Duque de la
Torre, completó la obra de Moriones, y puso fin al levantamiento
carlista del Norte, en el Convenio de Amorebieta, firmado, con el
general Serrano, por la Junta de Vizcaya.

(20) OYARZUN: *Historia del Carlismo*. 356-7.

B) PARÉNTESIS EN FRANCIA (Pág. 4)

Continúan los apuntes de Don Carlos:

Entro en Francia.

* * *

Nadie quiere emprender la guerra de nuevo, distribuyo palo seco a todo el mundo, no hubo un general que no tratase con la mayor dureza, no perdoné a mi hermano, a nadie — así llegó el 16 de julio — así se hacen las grandes cosas — ésta se hizo cuando me creían suicida.

* * *

La página —el párrafo— abarca la estancia de Don Carlos en Francia durante catorce meses largos; desde que, tras la batalla de Oroquieta, pasó la frontera el 5 de mayo de 1872 hasta que penetró nuevamente en Navarra el 16 de julio de 1873. Y se limita al registro de una actitud: la de Don Carlos resuelto a reanudar la guerra, firme en su «no importa» de Oroquieta. En realidad esa actitud del Duque de Madrid merecía la anotación, pues fué el motivo conductor de cuanto ocurrió durante esos meses y desembocó en el nuevo levantamiento carlista y en el regreso de Don Carlos a España.

Lo que a continuación se escribe pertenece a una historia muy conocida y aspira modestamente a confirmar lo anteriormente afirmado.

Don Carlos pasó sus meses en Francia en tierras de Burdeos y de Toulouse, en relación con las fronteras vasco-navarra y catalana; oculto, al principio, y dando señales crecientes de vida después, a medida que el curso de los acontecimientos en Francia y en España se lo permitió y exigió.

Su deseo de tornar al territorio vasco-navarro fué constante, y su atención no se apartó, de las esperanzas que en el Norte de España se cifraban en su vuelta, de la recaudación de fondos y del acopio de armas.

Procedió Don Carlos a la renovación del personal que el re-

sultado de la primera incursión exigía. Don Eustaquio Díaz de Rada quedó apartado, dedicado a la reivindicación de su conducta, en una memoria justificativa. Emilio Arjona, a quien se atribuyó, generalmente, buena parte de lo ocurrido, cesó en la Secretaría. Disolvióse la Junta Militar vasco-navarra de Bayona. Y los nombramientos —de Iparraguirre, de Estrada— se completaron con una Junta auxiliar de la Frontera, en que formaron legitimistas españoles y franceses: Artiñano y Olazábal, Lalande y Laborde.

En octubre de 1872 Don Carlos procedió a la designación decisiva del Comandante general de Navarra y las Vascongadas, que había de sustituir a Díaz de Rada, preparar el levantamiento y dirigir la futura contienda.

Recayó el nombramiento en don Antonio Dorregaray, voluntario de la primera guerra, acogido al Convenio de Vergara, combatiente de Africa en 1860, en cuya campaña alcanzó el grado de teniente coronel. Dorregaray, militar bien dotado y poco conocido, pudo despertar esperanzas libres de recelo.

Acertó, por lo pronto, Dorregaray, en la designación de sus lugartenientes: don Nicolás Ollo, como él voluntario de la primera guerra, «convenido» de Vergara y combatiente de Africa; don Antonio Lizárraga, de pasado semejante; un noble, como el Marqués de Valdespina, y un hombre del pueblo, como José Pérula, guerrillero de la primera contienda, laureado en Africa, escribano de Corella, coronel de Caballería, ahora, en las nuevas formaciones carlistas.

Un grupo en que figuraban varios jefes —Ollo, Pérula, Argoñ, Teodoro Rada— penetró en Navarra a fines de 1872. Dorregaray se hizo cargo del mando en febrero de 1873. Y Valdespina inició el levantamiento en Vizcaya.

El curso de la vida pública en España favoreció, decididamente, la sublevación. Don Amadeo renunciaba al Trono, y la primera República española, polarizaba, de rechazo, en Don Carlos, las esperanzas generales.

El movimiento carlista era ahora más lento pero más seguro, crecía firmemente y alcanzaba una fuerza muy superior al de la primavera de 1872: cuatro mil hombres armados en Navarra; otros tantos en Guipúzcoa, y menores en número, aunque no en eficacia, en Vizcaya.

Los encuentros se formalizaron. En Monreal, los carlistas libraron un primer combate, de resultado dudoso, con las fuerzas

liberales del brigadier Nouvilas. En los montes de Eraul, cerca de Estella, el 5 de mayo de 1873, trabóse un duro encuentro entre la tropa carlista mandada por Dorregaray y la columna liberal del coronel Navarro; decidió la batalla una carga de la Caballería carlista, ordenada por el Marqués de Valdespina. El tercer combate tuvo lugar en Beramendi y fué favorable a los carlistas, que vencieron a la columna liberal, mandada por Castañón. A principios de julio, la toma del fuerte de Puente la Reina, la ocupación de Cirauqui y de otras posiciones, permitió a Dorregaray el establecimiento de una firme línea de operaciones.

Don Carlos, pendiente de los acontecimientos, decidió penetrar en España. El 15 de julio de 1873 durmió en Cambó. El 16 pasó la frontera por Dancharinea. Le esperaban Lizárraga y Valdespina, al frente de lucidos destacamentos. Con ellos el Duque de Madrid pasó por Zugarramurdi y Urdax y descansó en Arizcun.

«Así —escribe Don Carlos— se hacen las grandes cosas.» Ahora, realmente, comenzaba la guerra.

C) PALABRAS Y FRASES (Pág. 5)

Desde la segunda entrada en España, Don Carlos —bien explícitamente y conforme a lo que siempre se supuso— escribió muy poco como historiador o memorialista. Muy poco —cabe añadir— aun reducida la actividad posible a la de unos brevísimos apuntes con vistas a la futura narración de la guerra.

Sin duda, es esa la finalidad de las palabras o de las frases sueltas que ahora traza su pluma. Pero las dificultades del entendimiento del texto —ya apuntadas— se acrecientan con otra: la que plantea el momento en que Don Carlos escribe. Pudo ser, claro es, respecto a cualquier hecho, el momento en que se produjo; o, a distancia, el momento en que se reprodujo en su memoria, y lo anotó para ayudar, más adelante, al recuerdo. La gramática y la cronología obligan a considerar, en las palabras y en las frases, esos dos momentos de la redacción. Tal consideración permite una mejor inteligencia del texto. Pero no resuelve, ciertamente, las dudas que ese texto suscita.

La casi totalidad de la página quinta contiene, separadas por plecas manuscritas, cuatro anotaciones. Dos, se refieren al área

española de la guerra. Otras dos exceden ese campo y apuntan a la vida exterior o internacional.

Don Carlos, escribe :

Casa de Churruca.

Carga fantástica de Valdespina.

América.

No temo presentar batalla al mundo. Manifiesto de Lequeitio.

Francia humillada — Prusia también — Nosotros tan pequeños...

Respecto a alguna de esas anotaciones —por ejemplo, el *Manifiesto de Lequeitio*— la interpretación es segura. En cuanto a otras —por ejemplo *América*— hemos de movernos en pura hipótesis.

* * *

La *Casa de Churruca* registra, muy probablemente, el paso de Don Carlos por Motrico, en que aquella le sirviera de morada durante uno de sus frecuentes desplazamientos.

La familia Churruca —según creo saber— no residió en Motrico durante la última guerra carlista. Don José de Churruca —Regente de la Audiencia de Zaragoza, Diputado, personalidad política de relieve— había fallecido antes del comienzo de la contienda. Su viuda residía en San Sebastián. Los hijos —Magistrado el mayor, Oficial de la Real Armada el segundo, Ingeniero de Caminos el menor— cumplían sus deberes fuera del área de la guerra. La casa quedó confiada a una familia afecta a Don Carlos, amiga de los Churruca, Urrizquieta de apellido, según las noticias de que dispongo al escribir.

El entusiasmo de Motrico por Don Carlos se refleja en la estampa transmitida, oralmente, hasta sus actuales habitantes: la de las mujeres que besaron la cola de su caballo.

* * *

¿Cuál es la *carga fantástica de Valdespina* a que Don Carlos se refiere?

Noble de sangre, carlista por sus ideas y por su familia, militar de vocación, el Marqués de Valdespina había participado, muy joven, en la guerra de los Siete Años, y sirvió de por vida a la causa como consejero del Duque de Madrid, como senador tradicionalista, y como general en la última contienda.

Fantástica en la historia de esa guerra fué su carga en la batalla de Eraul, de que ya he hablado.

La batalla de Eraul —en los montes de ese nombre, no lejos de Estella, según se dijo— fué el primer encuentro importante de la contienda. Se dió el 5 de mayo de 1873, entre las fuerzas carlistas de Dorregaray, y las liberales, confiadas a los lugartenientes del general Nouvilas, que días antes había dejado el mando al ser nombrado ministro de la Guerra.

El encuentro, empeñado y difícil, alcanzó un momento de peligrosa indecisión. «En aquel instante —escribe Pirala (21)— el Marqués de Valdespina, con el único escuadrón que allí había, el 1.º de Navarra, cargó, sin orden de nadie, tan oportunamente, y con tanto arrojo, que salvó a sus compañeros de una derrota segura; pues viendo la infantería la decisión de la caballería, se rehizo.» Esta —repito— es, para la *Historia de la Guerra*, la carga fantástica de Valdespina. ¿Lo es, también, en los apuntes de Don Carlos?

La batalla de Eraul —como queda escrito— tuvo lugar el 5 de mayo de 1873. Antes de que, el 16 de julio, entrase Don Carlos por segunda vez en España. Antes, por tanto, de su paso por Motrico, al que parece responder la anotación sobre la casa de Churruca.

Es posible que Don Carlos se refiera a la carga de Valdespina en Eraul, anotada después en plena guerra al recordarla. Es posible también que se trate de una intervención posterior del Marqués de Valdespina, menos subrayada o no registrada por la *Historia*, pero presenciada por Don Carlos y con mayor relieve ante sus ojos de testigo y de caudillo.

* * *

La palabra anotada por Don Carlos es, a mi ver, *América*. (No otra. No *Amézcoa*, sugerida por alguna persona a quien mostré

(21) ANTONIO PIRALA: *Historia Contemporánea*. Tomo IV: pág. 351.

los apuntes.) La palabra aparece aislada entre plecas manuscritas. Encerrada, además, por un trazo, leve, pero claro, de la pluma de Don Carlos.

No acierto a imaginar el acontecimiento que, cuando Don Carlos escribe, pueda producir la anotación.

Don Carlos escribe esta palabra porque piensa en América: concretamente en América española. La América española —como España antes de la última guerra— le es conocida y amada, idealmente. Es, para él, la otra España, la gran obra de España, cuyo conocimiento real acaricia frecuentemente.

La anotación se explica por la conducta posterior y por algunas cartas del Don Carlos desterrado, tras la terminación de la contienda. Dos veces, y a diez años de distancia, el Duque de Madrid visitó la América española.

Al acabar el primer viaje escribió al mejicano Altamirano: «Los gloriosos recuerdos del pasado y el pensamiento del porvenir, me hacían desear, desde mucho tiempo, el recorrer y estudiar la América española... Soy el Rey legítimo de España, el primero de mi estirpe que ha visitado el continente descubierto por los españoles...»

En el curso del segundo viaje (1887), dice el peruano don Amador del Solar: «Mi amor a España me hizo, desde niño, amar los pueblos de América.» En su carta al colombiano don Alejandro Posada, vuelve al pensamiento del primer viaje: «Soy el primero de mi estirpe que pisa el territorio descubierto por Colón y siento la necesidad de desahogar mi corazón de español.»

Nada tan expresivo como la carta al Marqués de Valdespina, fechada en Venecia el 8 de octubre de 1887, en la que responde a la felicitación carlista por el éxito del segundo viaje: «Por primera vez en la vida, casi he llegado a consolarme del destierro. Tal vez, sin él, no hubiese podido nunca ir a postrarme extático delante de esos imperecederos monumentos de la gloria de nuestra raza» (22).

* * *

En el párrafo siguiente Don Carlos dirige su mirada a Europa. Se ve obligado a hacerlo: «No temo presentar batalla al Mundo.»

(22) MELCHOR FERRER: *Escritos políticos de Carlos VII*. Págs. 102, 103, 128, 130, 140.

Al mundo de entonces, que es Europa, se dirige en el «Manifiesto de Lequeitio». Al pensar en Europa hace esta observación: «Francia, humillada, Prusia, también.» Y vuelve los ojos a la tierra que ocupa —a toda España, quizá, dividida por la guerra— y concluye: «Nosotros tan pequeñitos.»

Las realidades a que el párrafo responde son conocidas.

El Gobierno de Madrid viene actuando frente al carlismo y fuera de España en dos campos. Uno, el diplomático, en el cual reclama contra las facilidades o las inhibiciones del régimen francés de Mac-Mahon, en relación con la frontera y con los puertos del Cantábrico; la reclamación es presentada por el Marqués de la Vega de Armijo en París, a quien secundan los representantes españoles en Berlín y en Londres (23). Otro, el de la propaganda —si cabe aplicar la palabra a tales tiempos— en la que se airea la dureza de la guerra, atribuida de diversas maneras al bando carlista.

Don Carlos encara la situación en el Manifiesto a las Potencias Cristianas, firmado en Lequeitio, el 6 de agosto de 1874. Empezaba en él por autorizar su llamamiento como «Rey de España por el derecho, y de hecho en una gran parte de la Monarquía». Recuerda, a lo largo del escrito, la formación de su ejército, las victorias logradas, las ideas expuestas en el Manifiesto de Morantín.

Y aborda el tema capital: la conducta de ambos bandos en la guerra. Justifica la propia: «España sabe bien cómo me he conducido Yo con ellos. Apelo a la honradez de los que han sido mis prisioneros antes de la batalla de Abárzuza.» Advierte, después, el cambio operado en la contienda: «Pero llegó un día que las tropas rebeldes asolaron nuestros campos, incendiaron nuestros pueblos, asesinaron a nuestros heridos y se entregaron a todo género de horrores. No podía tolerarlo y sometí a los criminales a los rigores de la justicia...» Explica el fusilamiento de un extranjero, motivo de escándalo internacional: «Un alemán, cogido revólver en mano a la entrada del pueblo de Villatuerta, a la cabeza de una turba de incendiarios, fué condenado en consejo de guerra y pasado por las armas. Esto se hizo y estuvo bien hecho...» Hace una grave invitación: «Si los Gobiernos... quieren saber la verdad, que envíen representantes al teatro de las operaciones.»

(23) PIRALA: *Historia Contemporánea*. Tomo VI: págs. 94 y sigs.

Don Carlos no cree en una intervención extranjera, porque tiene «plena fe en la imparcialidad de las potencias cristianas». Pero, «si a pesar de todo la intervención se verificase», los carlistas le harían frente: «Invocando a los mártires de la Independencia combatiríamos por la victoria, o sabríamos morir, hasta el último, al pie de nuestros cañones, al grito de ¡Viva España!»

Junto a la exaltación del Manifiesto y de la frase de los Apuntes —«No temo presentar batalla al Mundo»— destaca el realismo de las palabras siguientes: «Francia, humillada. Prusia, también. Nosotros, tan pequeñitos.» No es extraño que Don Carlos siga llamando Prusia a la Alemania del segundo Imperio. Lo es, en cambio, que perciba, desde su posición de combatiente en España, el juego político y diplomático en que las dos naciones se sienten, cuando escribe, humilladas.

Tras la guerra franco-prusiana de 1870-71, y durante un cierto tiempo, Francia se sintió vencida y aislada. Dentro, y hasta septiembre de 1873, hubo de proceder al pago de las indemnizaciones para lograr el abandono, por las tropas alemanas, del territorio francés. Fuera, se vió aislada por Bismarck mediante el acuerdo de los tres emperadores: Guillermo I, Alejandro II y Francisco José I. Tal fué la situación mientras Thiers ocupó el Poder: Francia aceptaba la derrota o, al menos, se limitaba a liquidar la guerra.

Todo cambió tan pronto el mariscal Mac-Mahon ocupó la jefatura del Estado y el Duque de Broglie la jefatura del Gobierno. Los franceses de Alsacia y Lorena se vieron alentados en su resistencia a la germanización. Los católicos alemanes, empeñados en *KulturKampf*, eran estimulados, sin rebozo alguno, por las fuerzas legitimistas y católicas francesas. La reorganización del Ejército francés —según la Ley Militar de julio de 1872— se puso en marcha.

Contra todo ello reaccionó, una y otra vez, Bismarck, muy duramente. Pero la reina Victoria y el emperador Alejandro II se dirigieron, personalmente, a Guillermo I para frenar las iniciativas del Canciller alemán. Gorchakof, ministro del Zar, pudo jactarse de haber asegurado la paz. Bismarck, airado, habló de la acuñación de unas monedas de cinco francos con esta inscripción: «Gorchakof protège la France».

Al pensar en la Alemania de Bismarck, en la Gran Bretaña

de la reina Victoria y en la Francia de Mac-Mahon, Don Carlos, bien explicablemente, escribió: «Nosotros, tan pequeñitos.»

¿Cómo no recordar, al leer la frase, el Don Carlos de Valle-Inclán? Un clérigo guerrillero, el Cura de Orio, intenta quemar, por herejes, a dos viajeros rusos. Don Carlos encarga a Brado-mín que evite la atrocidad, y le da esta razón: «Ya sabes que no quieso disgustar a Rusia.»

D) FIN DE LOS APUNTES (Págs. 5 y 6)

Don Carlos termina sus apuntes en tres párrafos: el primero, contiene una afirmación heroica; el segundo, en su casi totalidad, se compone de nombres propios; el tercero se reduce a dos cifras.

Dice el primer párrafo: *Con la cabeza erguida moriremos si es preciso al pie de nuestros cañones gritando "Viva España".*

Se trata, como queda escrito, de una afirmación heroica. Pudo ser apuntada en cualquier momento crítico del final de la guerra. La idea está en la frase ya reproducida del Manifiesto de Le-queitio: «Sabríamos morir hasta el último al pie de nuestros cañones al grito de ¡Viva España!»

Que el pensamiento haya vuelto a Don Carlos, en ocasión posterior, me parece fácilmente explicable. Las novedades de la frase en relación con el mismo pensamiento, no necesitan de explicación.

* * *

Desarrollo las abreviaturas al transcribir el párrafo siguiente: *Espada del primer año — Puy de Estella — Ibero Estella Allo. Dicastillo, Viana, Las Campanas, Montejurra, Somorrostro, Somorrostro (H) Ernani...*

El párrafo comienza, bélica y religiosamente, recordando la dedicación de la espada a la Virgen del Puy.

Las palabras siguientes registran acciones de guerra, vividas y memorables, mediante nombres geográficos, famosos en la última contienda carlista. Todos ellos figuran ya, en los índices y en las páginas, de los tomos cuarto y quinto de la vieja y conocida *Historia de Pirala*.

La última palabra es difícil de leer porque está escrita en un

movimiento final de la pluma, con mayor abandono que las anteriores. De cuantos nombres de lugar figuran en la última guerra carlista me inclino —con mucha vacilación— al de Hernani, escrito, precipitadamente, sin H. Respondería, en tal caso, la palabra al ataque de ese pueblo guipuzcoano atendido por Don Carlos desde Tolosa.

* * *

Los apuntes de Don Carlos terminan —según quedó escrito— en dos cifras = 16 al 16=.

Parecen, en principio, dos fechas, muy señaladas para el Duque de Madrid, que encuadran un período a narrar.

La hipótesis, respecto a esos dos 16, ha de ser hecha con timidez y humildad.

Hay, efectivamente dos 16 —dos 16 de julio, concretamente— en la última guerra carlista.

En los apuntes transcritos Don Carlos escribe: «Así llegó el 16 de julio. Así se hacen las grandes cosas.» Se trata del 16 de julio de 1873, fecha de su segunda entrada en España. El acontecimiento, según vimos, era el resultado de un año largo de tenaces esfuerzos del Duque de Madrid, que tomaba el mando en la contienda.

El segundo 16 de julio memorable es, un año después, en 1874, la fecha del Manifiesto de Morentin. La fecha es aprovechada y es recordada en las primeras líneas: «Hace un año —dice Don Carlos— que desenvainé la espada en defensa de la honra, de la prosperidad y de la grandeza de España.» Lo ocurrido en ese año le permite escribir: «Esto prueba que la fuerza del derecho me ha dado ya el derecho de la fuerza.» El Manifiesto responde a un propósito ambicioso: «Debo decir, una vez más, cuál es Mi pensamiento y cuál es el móvil que me guía en esta grande empresa de la Restauración de España.»

El documento —cuya redacción se atribuyó a don Valentín Gómez— fué muy discutido en el momento de su publicación y pareció —como luego fué— pieza capital del Tradicionalismo español.

REY EN EL DESTIERRO

Las cuartillas de Don Carlos son, como documento histórico, poca cosa. Los errores de la transcripción y de la interpretación que les he dado serán fácilmente corregidos, y no pueden suscitar, ahora, graves preocupaciones.

Los Apuntes nada añaden a la historia de la última guerra carlista ni al conocimiento de la persona de Don Carlos, que se muestra en ellos, como en el *Diario* y en las *Memorias*: noble, valeroso, lleno de fe, entregado a la acción, dispuesto al sacrificio.

Los Apuntes tienen interés en relación con una pregunta, a la que se vuelve, tras conocerlos, porque no le proporcionaron respuestas cierta: ¿Los desarrolló Don Carlos en una narración completa de la guerra durante sus largos años de destierro, desde 1876 a 1909? Al volver sobre la pregunta, entramos en un tema debatido —con viveza, a veces (24)— en la *Historia del Carlismo*: la actitud y la conducta de Don Carlos desterrado.

No intento terciar en el debate. Tampoco pretendo —¡Dios me libre!— teorizar, gravemente, sobre la Realeza con tal motivo. Deseo evitar que la pobreza de los Apuntes sin desarrollar se acarree, contra mi propósito, en perjuicio de Don Carlos desterrado. Y para ello bastan unas consideraciones históricas, muy sencillas, que faciliten una más serena consideración del caso.

* * *

Creo que está por escribir —yo no la conozco, al menos— una obra importante: una obra de historia —no de literatura— sobre los reyes en el destierro.

Pienso en un campo reducido y destacado. No se trata del muy amplio en que el fenómeno se produce por la pugna de las dinastías, en relación con un principio no discutido aún pública y conscientemente. Porque el fenómeno sólo ofrece un pleno interés a partir del momento en que una mística —en el más amplio

(24) Léase lo escrito por D. LUIS CORTÉS ECHANOVE (comentando lo dicho por el MARQUÉS DEL SALTILLO al analizar el *Carlos VII* del CONDE DE RODEZNO) en el Preámbulo de las *Cartas inéditas* publicadas por GÓMEZ RODULFO, págs. 8-10.

sentido de la palabra—, la de la realeza europea, comienza a ser combatida por otra mística, la mística republicana, jacobina o girondina.

Belloc abordó la sutil noción de la realeza al estudiar un trance histórico decisivo: la tenebrosa ejecución del Duque de Enghien, obra de la Revolución francesa, dirigida ya por Bonaparte.

El Duque de Enghien era un Condé. Los Condé habían sido famosos en la guerra; su nombre era muy popular en Francia; había contribuido, en gran manera, a la grandeza de su país. Pero lo esencial en los Condé, lo que motivó el sacrificio de Enghien, era su sangre: la sangre real.

Es muy difícil —escribe Belloc— que un lector de hoy imagine lo que significaba la sangre real, lo que era la realeza.

Y procura hacérselo entender: «Era *a sacramental ideal*, la unión de lo visible con lo invisible, edificada sobre el misterio: la encarnación de la sociedad en un hombre que, por su ministerio, había de ser tan poderoso respecto a cualquier otro, que podría proteger al hombre más débil contra el más fuerte, y tan rico en relación con otro cualquiera que no podría ser, ni coaccionado, ni traicionado, ni desviado por el dinero.» No se trataba de la función profana del gobernante, ni del individuo políticamente poderoso, sino de «la santidad del ministerio real», ligada con la religión, y trascendente respecto a los grandes poderes rivales. «Esta idea de un Rey no meramente símbolo moral, sino encarnación actual de todo un pueblo, penetró en la sociedad y fué, en ella, el elemento más vivo» (25).

Belloc estudiaba el nacimiento y el desarrollo plenamente europeos de esa realeza, respecto a la cual el Nuevo Mundo nunca tuvo idea, o, al menos, experiencia. Balzac, en la desaparición de Carlos X de Francia, escribió: «Los reyes son condiciones esenciales para la vida de esta vieja Europa que (sin ellos) no puede mantener su supremacía sobre el Mundo...» (26).

Esa noción de la realeza —es lo que aquí nos importa— había de ser entendida y servida, rigurosamente, por los reyes. Conforme a lo que Luis XIV decía en las *Memorias* destinadas al Delfín: «Para ejercer, aquí abajo, la función que Dios nos en-

(25) HILAIRE BELLOC: *Napoleón*. Londres, 1934: 22-23.

(26) BALZAC: *Le départ*. Oeuvres complètes, Ed. Conard, XXXIX; 467.

comendó, debemos sentirnos incapaces de las agitaciones del ánimo que podrían impedirla. Las emociones, vulgares y comunes, perjudican al bien público para el cual, únicamente, hemos nacido.»

Surge aquí la primera consideración histórica útil para nuestro caso: una observación sobre los príncipes de la Europa Moderna en el desempeño de lo que se llamó, por uno de ellos, «el duro oficio de reinar».

Unos —acudo, para mayor claridad, a los tipos extremos— se caracterizaron por un empeño: el de sacrificar o someter la propia personalidad a una alta concepción del real ministerio. Ser reyes, en todo; o ser reyes, ante todo; o ser reyes, para todos. Piénsese en Felipe II, inexplicable, en los aciertos y en los errores, para los apologistas y para los detractores, si se prescinde de su concepción del ministerio real. Piénsese en Luis XIV, cuya vida íntima —sus pasiones de hombre— resultó oficial u oficializada, y cuyos menores actos privados —el levantarse, el comer, el acostarse— eran ceremonias públicas o cortesanas. Recuérdese la figura de Francisco José de Austria-Hungría: durante cincuenta y dos años de un siglo y dieciséis de otro, su vida estuvo regulada, conforme a las exigencias de la Corona, desde el amanecer a la media noche; y hasta la íntima relación, que se juzgaba necesaria en razón de las frecuentes y crecientes ausencias de la Emperatriz, figuraba en el protocolo cotidiano, a hora determinada e incómoda, y por tiempo puntualmente limitado.

Hoy, para quien las estudia seriamente, esas figuras producen admiración o, al menos, respeto. El Romanticismo —político, social, literario— que dió vida al Nacionalismo, no las entendió, y la mística republicana hizo de ellas, a lo largo de un siglo, piedra de escándalo y objeto de combate.

A lo largo de ese siglo, la Historia vulgarizada —especialmente en la biografía— se inclinó, con explicable simpatía, por otras figuras: aquellas que procuraron el desarrollo de lo personal y de lo humano, al margen del duro oficio, en el fomento o el cultivo de la afección y de la afición. De aquí la oposición, generalmente admitida, entre los Habsburgo y los Wittelsbach.

Demasiado simple, claro es. Pero, ciertamente, en la Casa de Baviera abundó el segundo tipo, entre los que protegieron y cultivaron el arte, fueron grandes viajeros, ejercieron la medicina o escribieron historia. Figuras fuera de serie, objeto, para el hom-

bre, de una curiosidad apasionada. Piénsese, un momento, en Luis I de Baviera y en la emperatriz Isabel de Austria-Hungría.

* * *

El drama contemporáneo del rey en el trono fué, literariamente, tratado en *Les Rois* por Jules Lemaitre. La tragedia de la realeza en el destierro había movido, anteriormente, la pluma de Alphonse Daudet en *Les Rois en Exil*.

En el mundo de las ideas y de los sentimientos, el rey se mantiene en el trono merced a dos nociones maestras: la continuidad de la dinastía y la identificación con el pueblo que simboliza y encarna.

En cuanto a la primera, el integralismo lusitano partía del pensamiento de Renan que llamaba a la realeza legítima el «octavo sacramento». Y la entendía como perteneciente a una sociedad formada por los cuadros institucionales de la familia y de la profesión, en la cual una familia tenía, por profesión, el *duro oficio* de regir y de gobernar a todas las otras. De aquí la crisis de monarquía, donde quiera se abre paso el individualismo democrático. Tal era el pensamiento que Balzac puso en boca de uno de sus personajes: «Al cortar la cabeza de Luis XVI, la Revolución cortó la cabeza de todos los padres de familia, y ya no hay más que individuos.»

La identificación con el pueblo es una manifestación tan frecuente como espontánea, en boca de los reyes. Enrique IV escribía a su lugarteniente Saint-Geniés: «Quien daña a mi Pueblo, me daña a Mí.» «Porque, en definitiva, hijo mío —enseñaba Luis XIV al Delfín— nosotros debemos considerar el bien de nuestros súbditos como el nuestro propio. Porque forman una parte de nosotros mismos...» La razón de Balzac, en la partida de Carlos X, era ésa: «Aun detestando a los Reyes, debemos morir, defendiéndoles, en el atrio de sus palacios, porque un Rey somos nosotros mismo, un Rey es la patria encarnada...»

* * *

Sirve lo escrito para decir que es muy difícil hallar un ser humano tan necesitado de comprensión y de compasión como el rey en el destierro.

El exilio forzoso es, para cualquier hombre, una anormalidad vital, un doloroso absurdo, frecuentemente una enfermedad del espíritu. El fenómeno resulta especialmente grave —anormal, absurdo— para el rey.

Hablo —claro es— del rey que no lo es de hecho, y que es rey de derecho en la propia convicción y en la convicción de los suyos.

Cabe considerar el caso pensando en esos dos resortes que —según dijimos— mantienen al rey que reina: la continuidad de la dinastía y la identificación con el pueblo que simboliza y encarna. Porque en el destierro la continuidad de la dinastía, al carecer de la realidad concreta del trono, sufre una real solución de continuidad, está afectada por un tajante vacío. Y la identificación ha de mantenerse respecto a la patria lejana y perdida, generalmente por el titular de la soberanía para con el pueblo que le tiene, alejado, en el destierro.

Puede ser considerado el caso de otra manera: como una pugna entre la vida real del destierro —vida privada, particular, burguesa— y la vida pública, esto es, la realeza, reducida al símbolo, al mundo ideal. Entre lo real y lo ideal, ¿qué es, para el príncipe desterrado, lo posible? No debe admitir, no puede aceptar la realidad del destierro que le es dada, y no puede lograr la realeza que, al mismo tiempo, se le exige y se le niega.

En todo caso, la gran pregunta, en el caso del soberano desterrado, es ésta: ¿Cómo se sostendrá, por mucha que sea su fe, cuando no pueda, razonablemente, abrigar la esperanza de ocupar el trono?

* * *

La serie se inicia con el Conde de Provenza, el que se titula —y será— Luis XVIII de Francia. Hablo —repito— de la serie contemporánea, cuando la mística de la realeza comienza a ser barrida, en Europa, por la mística republicana.

El Conde Provenza era un hombre grueso y bien humorado. La leyenda napoleónica y la historiografía republicana, atenuadas a las apariencias, le tuvieron por epicúreo y escéptico.

La rectificación del tópico la inició un político, Gambetta, y la remató un historiador, Ferrero. Gambetta, en plena Cámara de la Tercera República, afirmó que los dos mayores hombres de

Estado, en la Historia de Francia, habían sido Enrique IV y Luis XVIII. Ferrero, al estudiar la Restauración de Europa, le juzgó «un personaje único en la Historia, casi inconcebible, pero necesario...».

Lucas-Dubreton resumió las penalidades del Conde de Provenza en el destierro. Abandonó Francia en 1791, y escapó al cadalso, a la suerte de su hermano, Luis XVI. Fué rey por la muerte del joven Delfin. Refugiado en Italia se vió expulsado por las victorias de Bonaparte. Buscó asilo en el ejército de los emigrados. Erró, después, por Alemania. Halló albergue en Curlandia, donde el zar Pablo I, tras colmarle de miramientos, le obligó bruscamente a abandonar sus Estados. Otra vez en Alemania, en Polonia y en Rusia, admitido ahora por la generosidad de Alejandro I, Perseguido siempre por las armas o por la diplomacia de Napoleón, hubo de trasladarse a Inglaterra, «y allí, en Hartwell, cayó en el olvido, en una especie de miseria, y conoció todos los dolores del exilio...» (27).

En nada simpatizante con el Conde de Provenza, Maurois escribe de él: «Había sabido, durante un largo destierro, permanecer magnífico, hasta en la miseria» (28).

Chateaubriand registró la razón de esa magnificencia del desterrado: «La idea fija de la grandeza, de la antigüedad, de la dignidad, de la majestad de su raza... La fe inquebrantable de Luis XVIII en su sangre, fué la potencia real que le devolvió el cetro...» (29).

Era, ciertamente, la fe. Pero sostenida por una esperanza, no menos firme, en la restauración de la monarquía.

Esa esperanza del Conde de Provenza se apoyó, temporalmente, en Bonaparte, mientras vió en él al soldado que ponía fin al desorden y que había de restaurar, lógicamente, el orden legítimo. Se cruzaron, entonces, los históricos despachos. El Conde de Provenza escribió al Primer Cónsul: «Es hora de que os muestre las esperanzas que he fundado en vos...» Al cabo le llegó la respuesta típica del Dictador: «Sacrificad vuestro interés a la tranquilidad y a la felicidad de Francia...»

(27) LUCAS-DUBRETON: *La Restauration et la Monarchie de Juillet*. París, 1926: 6-7.

(28) ANDRÉ MAUROIS: *Chateaubriand*. París, 1938: 268.

(29) CHATEAUBRIAND: *Mémoires d'outre-tombe*. Ed. Nelson; 346-347.

Pero la realeza, como una posibilidad para Francia, no se atenúa en el ánimo de Luis XVIII, porque no desaparece, en los cálculos de Bonaparte, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna.

El Primer Cónsul quiere, un buen día, reforzar su poder, incorporándole el prestigio de la vieja monarquía: lo que él —revolucionario en definitiva— entiende difícilmente y llama «la magia del pasado». Huésped del rey de Prusia en el invierno de 1803, el Conde de Provenza es requerido, en nombre del Primer Cónsul, por el Presidente Mayer: todos los franceses están con Bonaparte; la abdicación de la monarquía consumaría la obra, haciéndola perfecta. La respuesta del Conde de Provenza al Primer Cónsul se atiene a los principios: «Si sus derechos pudiesen ser puestos en duda, sería el mismo Bonaparte quien los confirmaría con la gestión que acaba de hacer. El Rey no es libre para disponer del Trono, que pertenece, y no dejará de pertenecer, no a él, sino a su Casa» (30).

Todo eso —la relación de Bonaparte con los Borbones, cuando le es, a aquél, propicia la fortuna— resulta conocidísimo. Mucho menos conocido es —pese a la popularidad de la fuente— que, en el desenlace de la aventura, en los trágicos días de la campaña de Francia, la desesperación de Napoleón volvió, alguna vez, a la misma esperanza.

«He aquí, además —se lee en el *Memorial de Santa Elena* (31)— otro hecho, poco conocido según creo, pero muy curioso y cierto, que prueba la medida en que los Borbones, en lo más agudo de la crisis, ocupaban el pensamiento de Napoleón. Después del fracaso de Brienne, de la evacuación de Troyes, de la retirada forzosa sobre el Sena y de las humillantes condiciones enviadas desde Châtillon que rechazó generosamente, el Emperador, a solas con una persona y abrumado ante el diluvio de males que iba a descargar sobre Francia, permanecía absorto en tristes meditaciones, cuando, de repente, se levantó de su asiento y habló con vehemencia:

«Poseo, todavía, un medio de salvar a Francia... ¡Y si yo, yo mismo, hiciese volver a los Borbones! Los Aliados tendrían que

(30) LOUIS MADELIN: *La Contre-Révolution sous la Révolution*. París, 1935: 184-185.

(31) *Mémorial de Sainte-Hélène*. Ed. de La Pléiade, II: 492.

detenerse ante ellos, so pena de vergüenza y de duplicidad condescendida... Yo lo sacrificaría todo a la patria... De esa manera no descendería, me elevaría aún más.» Pero recordó, sin duda, la conducta del Primer Cónsul con el Conde de Provenza, la muerte del Duque de Enghien, la persecución impuesta por el Imperio. «Después de unos momentos de profundo silencio —sigue narrando el *Memorial*— continuó dolorosamente: "Pero, una dinastía ya expulsada, ¿perdona...? A su vuelta, ¿puede olvidar?". Y abismado en sus ansiedades y en su dolor fué a echarse sobre el lecho...»

La conducta del Conde de Provenza en el exilio se explica plenamente. Su fe era inquebrantable. Y guardó siempre la esperanza. ¿Cómo había de perderla si Bonaparte, Primer Cónsul o Emperador, en la ventura o en la desgracia, esperaba en él? Con razón escribió Chateaubriand: «El desterrado, sin tropas, se encontró en el final de todas las batallas que no había librado.»

* * *

El fué el primero en la Historia Contemporánea de Europa. Después, en la larga serie ¡qué variedad de casos, qué juego tan complejo, en el ánimo de los desterrados, de la fe en el derecho y de la esperanza en la realidad!

Dos movimientos revolucionarios, los de 1830 y 1848, inician, con el destronamiento de Carlos X y de Luis Felipe, el exilio de los Borbones y de los Orleáns de Francia, las dos Casas que se sucedieron en la Corona. El tiempo, la muerte y las circunstancias históricas, que unifican las pretensiones, producen el cambio, insospechable y explicable a la vez, de las actitudes. El Conde de Chambord rechaza el trono por no aceptar, en la restauración de la monarquía, un cambio simbólico: el de la bandera de Francia. Tres cuartos de siglo después, el Conde de París vive en medio de la Francia republicana, sin renunciar al derecho y compartiendo la vida y los problemas de los franceses de su tiempo. Su presencia obtiene, en definitiva y por razones distintas, el mismo y general respeto que la ausencia del Conde de Chambord. El viejo León Blum, en retorno de todos los sectarismos tras la terrible experiencia de la segunda gran guerra, solía decir: «No podemos cerrar los ojos a este fenómeno admirable: la familia modelo de Francia es la Familia del Conde de París...»

La actitud de los Braganza desterrados tuvo como punto de partida la opuesta manera que produjo el destierro. Don Miguel I, cabeza de la rama legitimista, abandonó el trono, vencido, en la guerra civil, por el juego de las fuerzas internacionales; y partió, recorriendo los caminos de Portugal, entre el llanto y las bendiciones de su pueblo, en aquella patética despedida que narró, en admirables páginas, Oliveira Martins. Don Manuel II, último soberano reinante de la rama constitucional, vió, adolescente aún, asesinar a su padre, el rey Don Carlos, y a su hermano, el príncipe heredero, Luis Felipe. Partió, dos años después, abandonado en la general sorpresa de una algarada triunfante, entre la perplejidad atemorizada de los suyos y la cochambrosa alegría republicana. Nunca había pensado ni querido reinar. Músico excelente y amante de los libros, podría, ahora, en el destierro, vivir la vida privada a que se inclinaba su espíritu. «¡Eso sí que es gloria!», había exclamado un día presenciando el éxito de un director de orquesta.

De los nueve Borbones de España cinco conocieron el destierro en sus más variadas formas: olvidado, Carlos IV; deseado, Fernando VII; negada, Isabel II. Soberanos de la restauración los dos últimos, Alfonso XII, en su juventud, puso fin a una república y a una guerra civil; Alfonso XIII, en plena madurez, fué expulsado por aquella voluntad, sometida bajo la restauración, que volvía a la república, rumbo a otra guerra civil. Los Borbones de Italia —de Nápoles y de Parma— cedieron ante el movimiento que, apoyado en la Geografía y en la Historia, verificaba la unidad italiana en torno a la Casa de Saboya.

El desenlace de la primera gran guerra lanzó al destierro a todos los príncipes alemanes: al soberano del Primer Imperio, monarca, ahora, de Austria-Hungría; al emperador y a los demás señores del Segundo Imperio: hasta Fernando de Bulgaria, que encarnaba la influencia alemana en los Balcanes. La actitud de los deterrados alcanzó, desde la paz burguesa, a que se acogió, en Holanda, Guillermo II, hasta la emigración, breve y heroica, de Carlos I, en sus intentos de recuperar la Corona de San Esteban.

Las consecuencias de la segunda gran guerra llevaron al destierro a las Casas reinantes de Italia, de Rumanía, de Yugoslavia y de Bulgaria, y —caso extraordinario— hicieron de Leopoldo III de Bélgica un desterrado del interior.

En la larga serie —considerado en el conjunto de los príncipes alcanzados por ese destierro común— ¿cómo se nos aparece Carlos VII, el Duque de Madrid?

* * *

¡Largo destierro el suyo! Duró —según vimos— desde el fin de la guerra, en 1876, hasta su muerte, en 1909.

La perspectiva permite hoy considerar ese destierro como dividido en dos etapas. Una, que podríamos llamar errante, en tanto Don Carlos no tuvo residencia propia y fija. Vivió, primero, en Pau y en París; estuvo, luego, con carácter provisional, en Gran Bretaña; realizó, después, su primer viaje a América, en el que visitó Méjico y los Estados Unidos; luchó valerosamente en las fuerzas rusas del Gran Duque Nicolás, frente a las turcas de Osman Pachá, y fué condecorado por su comportamiento en la batalla de Plewna; volvió a la casa de Passy —domicilio oficial de estos años— hasta que el Gobierno francés le expulsó del territorio de la República.

La segunda etapa se inicia en 1881 cuando se instala en el palacio Loredan, de Venecia, cedido por su madre, la archiduquesa Beatriz. Desde entonces Don Carlos tiene residencia propia y fija. Los años transcurren normalmente, pese al viaje a la India, a la segunda excursión por América, a la visita a Egipto y Palestina.

El juicio sobre el Don Carlos desterrado, es bien fácil: fué un modelo de fe, aun en la carencia de motivos para la esperanza.

En España, el curso de los acontecimientos no era favorable para su causa. Desde 1876, la monarquía constitucional pareció afirmarse, y el tradicionalismo, quebrantado tras la contienda, dió luego señales de la división, que se produciría, públicamente, en 1888. Fuera de España, la presencia de Doña María Cristina de Austria en el trono de un país católico, pesaba decisivamente en el ánimo de Francisco José y de León XIII: en el del Emperador y en el del Papa.

Esas realidades prestan todo su valor a la verdad que registra Rodezno: «El largo período de su destierro, desde 1876, en que con veintiocho años abandona el territorio donde reinó, hasta 1909, en que muere, sexagenario, en Varesse, evoca la noble figura del desterrado, que mantiene siempre con majestad y pres-

tanza su posición en la desgracia, cosa no frecuente, ciertamente, entre los Príncipes caídos.» «Rodeado de ese ambiente de españolismo —añade Rodezno más adelante— con el sentido patriótico afinado por la distancia y la emigración, Don Carlos vivía con el pensamiento fijo en la patria lejana y tomaba iniciativas en armonía con los principios que representaba» (32).

* * *

El ambiente de españolismo era el del palacio de Loredan, en el Gran Canal de Venecia, en cuya fachada cuatro grandes mástiles sostenían la bandera española, y en cuyo salón de banderas se guardaban los más gloriosos recuerdos de la guerra. En Loredan recibía Don Carlos a los españoles, tradicionalistas o españoles sin más, y a los extranjeros afectos a sus ideas o amigos de su persona.

Aquí vuelve a aparecer el personaje que nos proporcionó los Apuntes de Don Carlos sobre la última guerra carlista.

«En enero de 1888 —escribe Melgar (33)— dos carlistas de abolengo, don Antonio Juan de Vildósola, yerno de don Pedro de la Hoz, y don José Suárez de Urbina, cronista de guerra que había sido en el campo carlista, me escribieron desde Roma pidiendo una entrevista con Don Carlos, y preguntando si éste permitiría que los acompañase doña Emilia Pardo Bazán y Ortega Munilla, que se hallaban con ellos en la Ciudad Eterna... Naturalmente la respuesta fué afirmativa, y el día señalado se presentaron los cuatro en el palacio Loredan, donde Don Carlos les acogió con su habitual benevolencia, invitándolos a su mesa para todo el tiempo que permanecieran en Venecia.»

El testimonio de los numerosos visitantes de Loredan con-

(32) RODEZNO: *Carlos VII*. 217 y 241.

(33) CONDE DE MELGAR: *Veinte años con Don Carlos*. Madrid, 1940: página 110. MELGAR era persona muy inteligente, de claro talento político, caballeroso y leal. Desempeñó, oficialmente, la Secretaría de Don Carlos desde 1880 a 1900, pero, realmente, ocupaba el cargo desde 1876. Sus Memorias fueron escritas, según advierte su hijo, «en una clínica parisiense, en los meses que precedieron su muerte, acaecida en el mes de marzo de 1926». Las circunstancias en que redactó la obra —fecha, edad, enfermedad— han de ser tenidas en cuenta para la recta inteligencia de aquélla.

firma la convicción que sus escritos, numerosos también, producen. Nada cambió en el Don Carlos desterrado, como caudillo de la causa: ni sus ideas, ni sus sentimientos, ni su conducta.

Cortés Echanove al conocer las cartas de Don Carlos a Barrio y Mier, escribió al Conde de Rodezno: «Al leerlas he rectificado una idea equivocada que tenía, por creer que, en los últimos años de su vida, cayó Don Carlos en escepticismo e inactividad respecto a los asuntos y al porvenir de la Causa. No fué así, ciertamente, y estas cartas lo prueban. Nunca se amenguó su fe en los destinos históricos del Carlismo.»

Y, más adelante, añade el citado escritor: «Porque la verdad es que el segundo matrimonio del Duque de Madrid fué funesto para el Carlismo por consecuencias familiares y aun de otro orden, pero Don Carlos, durante sus años de Venecia, nunca claudicó, ni es cierto que cayera en sumisión...» (34).

* * *

Nos situamos así en el tema apasionante, y apasionadamente discutido, respecto al Don Carlos desterrado: el de su segundo matrimonio; o, ampliado históricamente, el de las mujeres que jugaron, decisivamente, en su vida.

La primera fué su madre, la archiduquesa Beatriz de Austria-Este. La pluma de Don Carlos recuerda la patética lucha de la madre por evitar la inmersión del niño en su destino, esto es, en la dolorosa suerte de España.

Después fué Doña Margarita de Parma, y su gran amor por Don Carlos, y su identificación y su sacrificio para la causa que aquél encarnaba.

Ahora, la madre, la archiduquesa Beatriz, había desaparecido de la vida del hijo y se hallaba retirada en el convento carmelita de Gratz. Doña Margarita se extinguió, en Viarregio, dulcemente, como había vivido, el 29 de enero de 1893.

En Praga, el 28 de abril de 1894, Don Carlos se casó por segunda vez. La nueva Duquesa de Madrid era la princesa María Berta de Rohan, hermana del Duque Alaino de Rohan-Guemeene, jefe de la Casa, Príncipe de Rochefort y de Montauban.

(34) CORTÉS ECHANOVE: Preámbulo a las *Cartas inéditas de Carlos VII*. Págs. 6 y 10.

Duque de Montbazón y de Buillon. La Princesa —Doña Berta para los carlistas— presidiría, como esposa y señora, la vida de Loredan.

Melgar, a lo largo de sus *Memorias*, consume un largo y duro turno contra Doña Berta. «A los pocos días del matrimonio —escribe (35)— principié a darme cuenta del carácter de la nueva Duquesa de Madrid, carácter desconcertante, que sólo puede explicarse si se considera que aquella infeliz señora era un fenómeno patológico, y padecía, según supe después, una extraña enfermedad que los médicos califican de *paranoia acutísima*, y consiste en una irresistible tendencia a mentir sin objeto y sin necesidad las más de las veces, sólo por no decir la verdad.»

Juzgo fácil una más benévola consideración del caso.

Doña Berta, en la hora de su matrimonio, hace pensar en Doña Margarita. Porque era mucho más joven que su marido: hermosa, de arrogante figura, elegante; libre de aquellas inquietudes que atormentaron a la Princesa de Parma y que la de Rohan no podía sentir respecto a un marido de cuarenta y ocho años, necesitado de la paz del hogar.

Se adueñó del corazón de Don Carlos en la medida que muestra el testamento político, dictado para sus leales, el 6 de enero de 1897: «... no quiero despedirme de vosotros sin estampar aquí los nombres de los dos ángeles buenos de mi vida: mi madre y mi amadísima María Berta..., estas dos almas privilegiadas que han iluminado el desierto de mi vida...»

Doña Berta le amó, le acompañó fidelísimamente en los largos años del destierro, le hizo feliz.

Pero fué —acaso sería excesivo pedir de ella, otra cosa— una nueva vida privada.

Nueva mujer que, al polarizar los sentimientos de Don Carlos, alteró las relaciones de aquél con sus hijos. «Madrastra sin entrañas», la llama Melgar. Ciertamente, ni cedió, ni disimuló, en su actitud. Rodezno solía recordar una llegada de Don Jaime a Loredan en que el saludo de Doña Berta le hizo volver las maletas a la góndola y emprender el viaje de vuelta.

Fué, sobre todo, vida privada, es decir, resistencia a la vida pública que podía turbar la felicidad doméstica. El carlismo era una vieja historia, un recuerdo excelente en las veladas hogare-

(35) MELGAR: *Veinte años*. 178-179.

ñas: «Me hablaba mucho de ti», escribió Doña Berta a Urbina, a raíz de la muerte de Don Carlos. Pero el carlismo vivo, el presente que laboraba para el futuro, nunca lo quiso, quizá no lo entendió. El conflicto de Doña Berta con aquellos hombres más capaces de realizar o de suscitar la acción política, latía siempre bajo las más correctas relaciones y producía, a veces, separaciones dolorosas.

Esa realidad hace más admirable la conducta de Don Carlos desterrado. Cautivado el hombre por la vida privada, el Príncipe procedió, siempre, según las palabras de su testamento: «Desde mi casa del destierro, pensando en mi muerte y en la vida de España, con la mente fija en el tiempo y en la eternidad...»

JESÚS PABÓN

Catedrático de la Universidad de Madrid

R É S U M É

On connaît les Mémoires du Duc de Madrid et un Journal dont la dernière édition apparut à Madrid en 1957 avec un prologue, des notes, une biographie et un appendice de Bruno Ramos Martínez. Les Mémoires s'étendent depuis la naissance de Charles VII jusqu'à mars 1848, le Journal depuis octobre 1870 jusqu'à avril 1871. Le Duc de Madrid a-t-il écrit postérieurement quelque chose de plus? Cela a dû être difficile pour lui pendant la guerre carliste mais un écrivain-né comme lui a dû probablement le faire pendant le long exil postérieur. Cette affirmation se base sur l'existence de feuillets autographes de Don Carlos qui sont parvenus à l'auteur de cet article par l'intermédiaire de son oncle José Suárez de Urbina qui fut chroniqueur de guerre de Don Carlos.

Ces notes son écrites sur les deux côtés de trois feuilles de papier sans numération. Deux feuilles font référence aux événements qui eurent lieu entre le 2 mai et le 16 juillet 1872 faits de la guerre carliste, phrases détachées qui reflètent les idées et les sentiments provoqués par ces événements. La troisième feuille fait référence au séjour de Don Carlos en France depuis le 5 mai 1872 jusqu'au 16 juillet 1873 dans un premier paragraphe; ensuite viennent quatre annotations: deux sur la guerre et les deux autres sur la vie internationale. Trois paragraphes terminent ces notes: le premier contient l'affirmation héroïque qu'il mourrait si c'était nécessaire au pied des ses canons, le second se compose

de noms propres et le troisième de deux dates: 16 juillet et 16 juillet. Il doit faire référence à l'année 1873, date de son retour en Espagne et à l'année 1874, date du Manifeste de Morentin.

Ces feuillets ne sont pas grand chose comme documents historiques leur seule importance est de se demander s'ils faisaient partie d'une narration complète de la guerre plus tard entre 1876 et 1909, et où peut-on trouver ce manuscrit, s'il existe.

S U M M A R Y

Of the Duke of Madrid's works some Memories are known and a Diary whose last edition was published in Madrid in 1957 with prologue, notes, biography and appendix by Bruno Ramos Martínez. The Memories date from the birth of Charles VII up until March 1848, and the Diary from October 1870 until April, 1871. Did the Duke of Madrid write anything else after this? It would have been difficult for him during the Carlist war, but in the long exile afterwards, a born writer, as was the Duke of Madrid, must have done so. This presumption is based on the existence of some sheets of paper written by Charles himself which came to the hands of the author of this article through his uncle José Suárez de Urbina who was Charles' campaign chronicler.

These notes consist of three sheets of paper written on both sides and unnumbered. Two of them refer to events which occurred between the 2nd May and the 16th July 1872 —events of the Carlist war, odd phrases expressing ideas and feelings brought about by these happenings. The third sheet has a first paragraph which includes Charles' stay in France from the 5th May, 1872 to the 16th July, 1873; next there are four notes: two refer to the war, and the others to international life. The notes finish with three paragraphs: one contains the heroic declaration that he would die at the foot of his canons if necessary; the second is composed of proper names and the third of two dates, the 16th July and the 16th July. This must mean July 1873, date of his return to Spain and July 1874, date of the Manifesto de Morentín.

As a historical document these sheets are not of great worth, and in fact only serve to ask oneself if they were developed into a complete narration of the war later on between 1876 and 1909, and where is this manuscript to be found.

